



LA LABOR DOCENTE DE ALEJANDRO CAÑADA



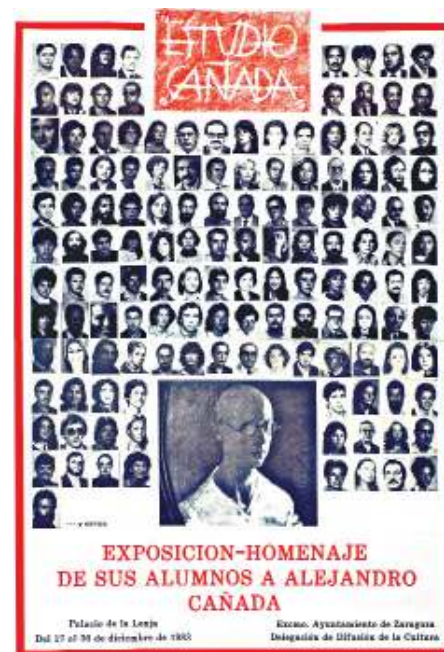
Cuando Alejandro Cañada abrió en 1946 las puertas de su Estudio de Dibujo y Pintura el panorama formativo que ofrecía la ciudad de Zaragoza para los jóvenes aragoneses que tenían inquietudes artísticas era muy deficiente. En ausencia de una Escuela Superior de Bellas Artes donde pudieran desarrollar una completa formación artística, el escenario se reducía a la actividad docente desempeñada por la entonces Escuela de Artes y Oficios Artísticos, la autoformación que se cultivaba en el llamado Estudio Goya²² y la enseñanza que, desde una iniciativa privada, se ejercía en escuelas y academias como las de Abel Bueno y Joaquina Zamora, a las que se incorporaría en 1946 la de Alejandro Cañada y, posteriormente, en la década de los años cincuenta, la Escuela de Artes Aplicadas que abrió M.^a Pilar Burges Aznar.

Las clases se impartieron primero en su propio domicilio familiar, ubicado en el n.º 17 de la calle de Zurita. Al parecer, Cañada dotó este primer estudio con un lote de material didáctico que adquirió “a un tal señor Bove”, y que incluía caballetes, modelos, láminas y estatuas. Cuando estos espacios resultaron insuficientes trasladó los enseres a la calle de Miguel Servet, n.º 18-20 (primero en el número 18 y posteriormente ampliado al 20), donde el estudio ha permanecido hasta la desaparición del maestro. De hecho, la nueva academia que regenta en la actualidad M.^a Ángeles Cañada, sita en Manuel Lasala, n.º 14, local, no fue conocida en vida de su padre.

Entre todos los centros de enseñanza que ofrecía la ciudad en aquella etapa inicial, el Estudio de Alejandro Cañada desempeñó –sin lugar a dudas– una labor docente de primer orden por muchas razones. Primera, por tener al frente a un pintor de veteranía y oficio con una vocación sin límites; segunda, por entregarse sin resquicios a sus alumnos, y ter-



22. En esta idea del autodidactismo, sobre todo en los artistas que protagonizaron la aventura renovadora de los cincuenta, como escapatoria forzosa a las pobres enseñanzas de las escuelas, insiste Víctor NIETO ALCAIDE, “Sobre el arte que se hizo en los cincuenta: Entre la modernidad y la vanguardia”, *Del Surrealismo al Informalismo*, Catálogo de la Exposición “Arte de los años 50 en Madrid”, Madrid, Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid, p. 50.



Cuadro homenaje alumnos





cera por hacerlo a través de una larga andadura, haciendo llegar a sucesivas generaciones los principios básicos del dibujo, el color, la luz y la composición. Se comprende, por tanto, su importancia y trascendencia, ya que por la academia han pasado posiblemente miles de alumnos de amplio espectro y diferentes inquietudes, desde aquellos que simplemente querían colmar su afición por los pinceles, a esos otros que deseaban prepararse sólidamente para iniciar estudios superiores de Bellas Artes, Arquitectura o Escultura. Y paradójicamente, pese a que Alejandro Cañada era una persona tradicional y conservadora en el plano familiar, sus alumnos reconocen hoy que en aquella academia “se respiraba libertad”. Probablemente esa libertad con mayúsculas que proviene de la liberación del talento, de la inspiración y del espíritu.



A todos ellos, dicen que más de seis mil, el maestro les brindó su sabiduría, su técnica, su visión sobre el arte, pero además les regaló algo mucho más importante: una lección de humanidad, de generosidad y de entrega. Algo que nunca olvidaron y que quisieron devolverle en la Exposición-Homenaje que le organizaron del 17 al 30 de diciembre de 1983 en la Lonja de la ciudad, bajo el patrocinio del Ayuntamiento y la Delegación de Difusión de la Cultura. Una muestra que se convirtió en un multitudinario despliegue de reconocimiento y gratitud por su trabajo y su entrega a la docencia, y entre cuyos participantes, que fueron unos ciento sesenta, hemos de recordar a pintores de reconocido prestigio en el espectro aragonés como Ángel Aransay, Natalio Bayo, Pascual Blanco, Julia Dorado, Fernando Sinaga, Jorge Gay, Pedro Giralt, Maribel Lorén y Eduardo Salavera, entre muchos más, quienes le obsequiaron con un álbum que contenía un dibujo original de cada uno de ellos.



El cariño, la admiración y el agradecimiento, que eran unánimes, se materializaron en unas tiernas palabras que le dedicó su discípulo Ángel Aransay y que recogemos a continuación:

Antes de que el olvido, el abandono ingrato, borren de la memoria la gratitud debida, nos reunimos en sincero recuerdo y testimonio, para que todos sepan lo mucho que ayudaste a que otras manos supieran saberse creativas, al igual que las tuyas nos lo habían demostrado, y también enseñarán a su debido tiempo como tú enseñaste, después de bien sabido aprender de aquellos que a ti te lo mostraron, para que no se rompa nunca la cadena de oro con que cruza el Arte la noche de los tiempos.

Palabras que renovaron su vitalidad y tenacidad para seguir pintando y enseñando a nuevas generaciones, siendo esta una necesidad de retroalimentación, que él reconoció en una intervención que tuvo lugar en 1988 con motivo de la concesión del Premio Aragón a las Artes, cuando aseguraba: “Mientras Dios me dé vida, pienso seguir pintando, más a gusto que nunca, y conviviendo con mi juventud, que son mis alumnos”.

Estudio Academia Cañada en la actualidad, ubicado en un amplio local de la calle Manuel Lasala, nº 14 (fotografías de Isabel Sepúlveda).

